



### HENRI ALLEG



## DOS PALABRAS

Hecho el depósito que marca la ley 11.723 Impreso en la República Argentina

Henri Alleg fué, de 1950 a 1955, director de "Alger Républicain", único órgano de prensa argelino cuyas columnas estaban abiertas a todas las tendencias de la opinión democrática y nacional en Argelia. En septiembre de 1955, el diario fué clausurado. La clausura fué declarada ilegal por el Tribunal administrativo de Argel, lo cual no impidió que las autoridades siguieran oponiéndose a la reaparición del mencionado diario.

En noviembre de 1956, a fin de eludir a la orden de confinamiento dispuesta contra la mayor parte de los colaboradores del diario, Henri Alleg se vió obligado a ocultarse. Fue detenido el 12 de junio de 1957 por los paracaidistas de la 10<sup>a</sup> D. P. que lo mantivieron secuestrado durante un mes en El Biar, en las afueras de Argel.

El objeto del presente libro es el relato de esa detención, hasta el momento en que Henri Alleg fué trasladado al "campo de concentración" de Lodi. (Se conoce la existencia en Argelia de numerosos campos: Bossuet, Paul-Cazalles, Berrouaghia, etc., donde se interna por simple decisión admi-

nistrativa a personas contra las cuales no se ha confirmado cargo alguno.)

Desde el campo de Lodi, Henri Alleg hizo llegar a Francia una copia de la demanda que presentó a fines de julio de 1957 al fiscal general de Argel, y en la cual denunciaba las torturas que le habían sido infligidas. Esa demanda tuvo una enorme resonancia en la prensa francesa e internacional.

A partir de entonces, los rumores más inquietantes circularon diariamente en Argel a propósito de la "desaparición", del "rapto" y hasta la "muerte" de Henri Alleg. Sólo después de una amplia campaña de prensa cuando, el 17 de agosto de 1957 —es decir, dos meses después de su detención— Henri Alleg fué finalmente llevado ante un juez de instrucción. Desde esa fecha, está encarcelado en la prisión civil de Argel. Hacia el mes de noviembre del mismo año, en su calidad de miembro del Partido Comunista Argelino, fué declarado culpable de "atentar contra la seguridad exterior del Estado y de reorganizar un partido político prohibido".

Sin embargo, hasta la fecha y meses después de haber comenzado la investigación ordenada por el general Allard, la demanda de Henri Alleg se encuentra todavía "en curso de instrucción", pese a que: Henri Alleg fué careado con los oficiales y funcionarios de policía acusados por él de haber

sido sus torturadores 1 pese a que el Juez Militar encargado de instruir el proceso procedió en compañía de Henri Alleg a visitar los locales, durante la cual Henri Alleg pudo describir de memoria, antes de penetrar en las mismas, varias habitaciones del inmueble de El Biar, especialmente la cocina, que él no hubiera debido conocer si, como se pretende, el interrogatorio se hubiese llevado a cabo "normalmente" pese a que existe en el expediente un certificado médico muy detallado, establecido por dos médicos también confinados en Lodi, quienes examinaron a Henri Alleg cuando llegó al campo, el 12 de julio de 1957. Un mes después de las torturas, lleva todavía, netamente visibles, marcas de ligaduras en las muñecas, cicatrices de quemaduras y otros rastros, pese a que se han iniciado múltiples expedientes a raíz de quejas presentadas por otras víctimas y en las que se implicaba a los mismos oficiales.

Si Henri Alleg y su abogado piden el castigo de dichos torturadores, no sólo es para que sean sancionados actos intolerables, sino también y, sobre todo, para impedir que puedan repetirse prácticas tan indignantes como las que describe Henri Alleg en su relato.

<sup>1</sup> Los protagonistas de este relato son designados aquí sólo por sus iniciales. Incumbe a la sola justicia desenmascarar y sancionar las responsabilidades individuales. Por el respeto debido a esta justicia, no nos permitimos interferir en el cumplimiento de su tremenda tarea. (Nota del primer editor.)

### 1

En esta inmensa prisión superpoblada, cada una de cuyas celdas abriga un sufrimiento, hablar de uno mismo es casi una indecencia. En la planta baja se halla la "división" de los condenados a muerte. Ochenta hay allí, los tobillos encadenados, aguardando el indulto o su fin. Y a través de su pulso todos nosotros vivimos. Por la noche, no hay un solo detenido que no dé mil vueltas sobre su camastro ante la idea de que el alba puede ser siniestra; no hay uno solo que se entregue al sueño sin desear con todas sus fuerzas que nada suceda. Empero, nada impide que de esa división se alcen todos los días los cantos prohibidos, los cantos magníficos que brotan infaliblemente del corazón de los pueblos en lucha por su libertad.

¿Las torturas? Hace ya mucho tiempo que esta palabra se nos ha hecho familiar a todos. Aquí son pocos los que se han salvado de ellas. A los "nuevos", cuando es posible hablarlos, las preguntas que se les hacen son siempre las mismas:

-¿Detenido desde hace mucho? ¿Torturado?

¿"Paras" 11 o policías?

Mi caso, aunque parece excepcional por la resonancia que tuvo, no es en absoluto único. Lo que dije en mi demanda, lo que diré aquí, sirve de ejemplo para mostrar cuál es la práctica corriente en esta guerra atroz y sangrienta.

Hace ya más de tres meses que me detuvieron. Durante ese tiempo, he padecido tantos dolores y tantas humillaciones que ya no me atrevería a volver a hablar de esos días y esas noches de suplicios si no supiera que eso puede ser útil, que hacer conocer la verdad también es una manera de ayudar al cese de las hostilidades y a la paz. Noches enteras, durante un mes, he oído aullar a hombres que eran torturados y sus gritos retumbarán para siempre en mi memoria. He visto a prisioneros arrojados de un piso al otro, a cachiporrazos. Atontados por la tortura y los golpes, sólo sabían murmurar en árabe las primeras palabras de una antigua plegaria.

Sin embargo, desde entonces, he sabido otras cosas. Me enteré de la "desaparición" de mi amigo Maurice Audin, detenido 24 horas antes que yo y torturado por el mismo grupo que luego me "tomó en sus manos". Desaparecido como el jeque Tebessi, presidente de la Asociación de los Ulemas, 12 como el doctor Cherif Zahar y muchos otros. En Lodi, encontré a mi amigo de Milly, empleado en el hospital psiquiátrico de Blida, torturado también por los "paras", pero según una técnica nueva. Fué atado, desnudo, sobre una silla metálica por la cual pasaba corriente eléctrica. Todavía lleva rastros profundos de quemaduras en ambas piernas. En los corredores de la prisión reconocí en un "nuevo" a Mohamed Sefta, adel de la Mahakma de Argel (la justicia musulmana).

-Cuarenta y tres días con los "paras". Disculpame, me cuesta todavía hablar. Me quemaron la lengua.

Y me mostró su lengua lacerada. También he visto a otros. Un joven comerciante de la Casbah, Bualem Bahmed, en el furgón celular que nos llevaba al tribunal militar, me hizo ver largas cicatrices que tenía en las pantorrillas.

-Los "paras", con un cuchillo. Por haber albergado a un miembro del F.L.N.

Del otro lado del muro, en el ala reservada a las mujeres, hay muchachas de las que nadie ha

<sup>11 &</sup>quot;Para", paracaidista.

<sup>12</sup> Associación que agrupa a los doctores de la ley coránica. (N. del T.)

hablado: Djamila Bouhired, <sup>13</sup> Elyette Loup, Nassima Hablal, Melika Khene, Lucie Coscas, Colette Grégoire y muchas otras. Desnudadas, golpeadas e insultadas por torturadores sádicos, también ellas han pasado por el agua y la electricidad. Aquí todos conocen el martirio de Annick Castel. Violada por un paracaidista y creyendo que se hallaba encinta, sólo pensó en morir.

Todo eso, lo sé, lo he visto, lo he oído. Pero ¿quién dirá lo demás? Al leer mi relato, hay que pensar en los "desaparecidos" y en los que, seguros de su causa, aguardan sin temor a la muerte; en todos los que han conocido a los verdugos y no temblaron ante ellos, en todos los que, frente al odio y a la tortura, responden con el convencimiento de la paz próxima y de la amistad entre nuestros dos pueblos. Hay que pensar en todos, porque mi relato podría ser el de cada uno de ellos.

2

Eran las cuatro de la tarde cuando el teniente de paracaidistas, Cha..., acompañado por uno de sus hombres y un gendarme, llegó al domicilio de Audin para hacerse cargo de mí. La víspera de aquel miércoles 12 de junio, mi amigo Maurice Audin, asistente en la Facultad de Ciencias de Argel, había sido detenido en su departamento y la policía había dejado allí a un inspector. Fué él quien me abrió la puerta cuando caí en la trampa. Había tratado, sin éxito, de escapar, pero el inspector, con un revólver en mano, me había alcanzado en el primer piso y volvimos a subir hasta el departamento. Muy nervioso, mientras me vigilaba por el rabillo del ojo, el inspector había llamado por teléfono al centro de los "paras" para pedir un refuerzo inmediato.

Desde el momento en que el teniente entró en la habitación, supe lo que me esperaba. Cortado por una inmensa boina, su pequeño rostro bien

<sup>13</sup> Véase "Pour Djamila Bouhired", de G. Arnaud y J. Berges, ediciones de Minuit, París, 1858.

afeitado, triangular y anguloso como el de un fennec 14 sonreía con los labios apretados.

-Excelente captura -dijo separando las sílabas-. Es Henri Alleg, el ex director de Alger Républicain.

Y luego, de inmediato, se dirigió a mí:

-¿Quién lo alberga?

-¡No pienso decirselo!

Sonrió nuevamente, meneando la cabeza. Luego, muy seguro de sí mismo, agregó:

-Vamos a prepararle más tarde un pequeño "interrogatorio" que bastará. Usted contestará, se lo prometo. Póngale las esposas.

Sujetado por el "para", descendí los tres pisos hasta la calle. Nos esperaba el automóvil del teniente del otro lado de la calzada. Era un Simca Aronde. Me hicieron sentar atrás. El "para" estaba a mi lado y el cañón de su ametralladora portátil tocaba mis costillas.

-Aqui tengo un buen remedio para usted, por si se hace el vivo.

Enfilamos hacia las alturas de la ciudad. Después de una breve detención frente a una residencia veraniega (sin duda, algún puesto de comando de los "paras") en la que entró sólo Cha..., seguimos subiendo hacia Chateauneuf por el bulevar Clemenceau. Finalmente, el automóvil se detuvo después de la plaza de El Biar, frente a un alto edificio en construcción.

Atravesé un patio atestado de "jeeps" y camiones militares y llegué frente a la entrada del edificio sin terminar. Subí. Cha... iba delante mío y el "para" detrás. Las varillas de hierro del cemento armado emergían de la albañilería por todas partes. La escalera no tenía barandilla. De los techos grises colgaban los hilos de una instalación eléctrica improvisada.

De un piso al otro había una incesante agitación de "paras" que subían y bajaban, empujando hacia adelante a musulmanes, prisioneros harapientos, con barbas de varios días. Todo transcurría en un inmenso rumor de botas, carcajadas, groserías e insultos entremezclados. Me hallaba en el "centro de selección del subsector de la Buzareah". Pronto iba a enterarme de cómo se llevaba a cabo esa "selección".

Detrás de Cha..., entré en una amplia habitación del tercer o cuarto piso, la sala de estar del futuro departamento. Algunas mesas desarmables; sobre la pared, fotografías ajadas de sospechosos buscados; un teléfono de campaña. Eso era todo el moblaje. Cerca de la ventana, un teniente. Supe más tarde que se llamaba Ir... Un enorme cuerpo de oso, demasiado grande para esa cabeza pequeña, con ojos entrecerrados de

<sup>14</sup> Pequeño zorro del desierto de Sahara, (N. del T.)

niño aún medio dormido y para la voz aflautada que salía de ella; una voz algo melosa y ceceosa de monaguillo vicioso.

-Vamos a darle una oportunidad -dijo Cha... mirándome-. Aquí tiene papel y lápiz. Usted va a decirnos dónde vive, quién le albergó desde que pasó a la clandestinidad, cuáles son las personas que usted encontró, cuáles han sido sus actividades.

El tono seguía siendo cortés. Me habían retirado las esposas. Repetí para los dos tenientes lo que había dicho a Cha... durante el trayecto en automóvil.

—Pasé a la clandestinidad para evitar la detención, pues sabía que se había ordenado mi confinamiento. Me ocupaba y sigo ocupándome de los intereses de mi diario. Al respecto, entrevisté en París a los señores Guy Mollet y Gérard Jacquet. No tengo nada que agregar. No escribiré nada y no cuenten conmigo para denunciar a los que tuvieron el coraje de albergarme.

Siempre sonrientes y seguros de sí mismos, los dos tenientes se consultaban con la mirada.

'-Creo-que es inútil perder el tiempo -dijo

Ir.. asintió. En el fondo yo también opinaba así. Si tenía que ser torturado, más tarde o más temprano, ¿qué importancia tenía? Y era preferible afrontar lo más duro cuanto antes. Cha... estaba hablando por teléfono.

-Preparen un equipo. Se trata de un pez gordo. Y digan a Lo... que suba.

Al cabo de unos instantes, Lo... entró en la habitación. De unos 25 años, pequeño, de tez bronceada, nariz corva, cabellos engominados y frente estrecha. Se me acercó y dijo sonriendo:

-¿Este es el cliente? Venga conmigo.

Yo iba delante. Un piso más abajo, entré en una pequeña habitación a la izquierda del pasillo: la cocina del futuro departamento. Una pileta, un hornillo de loza, debajo de una campana cuyos cristales no estaban colocados aún. Sólo estaba instalada la estructura metálica. En el fondo, una puerta-ventana recubierta por pedazos de cartón que oscurecían el cuarto.

-Desvístase -dijo Lo..., y como yo no obedecía-: Si no quiere, lo desvestirán a la fuerza.

Mientras me quitaba la ropa, paracaidistas iban y venían alrededor mío y por el pasillo, deseosos de conocer al "cliente" de Lo... Uno de ellos, rubio, con acento parisino, asomó la cabeza por el marco sin cristales de la puerta.

-Mira ¡Es un francés! ¿Optó por los "ratones" 15 contra nosotros? Lo vas a cuidar, ¿eh, Lo...?

Lo... estaba instalando en el suelo una tabla

<sup>15 &</sup>quot;Ratón" es uno de los términos despectivos que ciertos franceses aplican a los árabes. (N. del T.)

negra que rezumaba la humedad, sucia y pegajosa de los vómitos de anteriores "clientes".

-Vamos, ¡acuéstese!

Me recosté sobre la tabla. Lo..., ayudado por otro, me ató las muñecas y los tobillos con correas de cuero sujetas en la madera. Veía a Lo... encima mío, con las piernas abiertas, un pie a cada lado de la tabla a la altura de mi pecho y las manos apoyadas sobre las caderas en la actitud del conquistador. Me miraba fijamente a los ojos, tratando, como sus jefes, de intimidarme.

-Escúcheme -dijo con acento de Oranía-. <sup>16</sup> El teniente lo deja reflexionar un rato, pero luego va a hablar. Cuando agarramos a un europeo, lo "cuidamos" mejor que a los "troncos". <sup>17</sup> Todo el mundo habla. Tendrá que decirnos todo, y no solamente un pedacito de la verdad, ¡sino todo!

Entretanto, alrededor mío, los "boinas azules" 18 se burlaban de mí:

-Pero ¿qué hace ése recostado allí? ¿Estará descansando?

Otro, más huraño, dió su opinión:

-No habría que perder el tiempo con estos rufianes. Yo los liquidaría en seguida.

16 Región que se extiende alrededor de Oran, en el Oeste argelino. (N. del T.)

17 Los "troncos", por los argelinos musulmanes. Otro de los términos despectivos utilizados por ciertos franceses.

18 Los paracaidistas llevan boinas de distintos colores según las unidades que integran.

Por debajo de la puerta-ventana entraba una corriente de aire helado. Desnudo sobre la tabla húmeda, comenzaba a tiritar. Entonces Lo... se inclinó sonriente:

-¿Tiene miedo? ¿Quiere hablar?
-No, no tengo miedo. Tengo frío.

—Se hace el guapo, ¿no? Ya se le va a pasar la gana. Dentro de quince minutos va a hablar buenamente.

Me quedé allí, en medio de los "paras" que bromeaban y me insultaban, sin contestar, esforzándome para mantenerme lo más tranquilo posible. Finalmente vi entrar en la habitación a Cha..., Ir... y un capitán. Alto, delgado, con los labios apretados, una cicatriz en la mejilla, elegante y mudo. Era el Capitán De...

-¿Y? ¿Lo pensó bien?

Era Cha... que me interrogaba.

-No he cambiado de idea.

—Bueno, se la habrá buscado —y dirigiéndose a los demás—: Más vale ir a la pieza de al lado. Hay luz y estaremos mejor para trabajar.

Apoderándose de la tabla sobre la cual me hallaba atado, cuatro "paras" me trasladaron así hasta la habitación contigua, frente a la cocina, y me depositaron sobre el piso de cemento. Los oficiales se instalaron alrededor mío, sentados sobre bultos que habían traído sus hombres.

-¡Ah! -dijo Cha... siempre muy seguro del resultado de sus procedimientos-. Necesito papel y un cartón o algo duro para poder escribir encima.

Alguien le alcanzó una tablita a la que dejó en el suelo a su lado. Luego, tomando de manos de Lo... un magneto que éste le alcanzaba, lo levantó a la altura de mis ojos y me dijo, mostrándome el aparato ya cien veces descrito por los torturados:

-Conoces esto, ¿verdad? ¿Has oído hablar de esto? ¿Hasta has escrito artículos en tu diario?

—Usted se equivoca al valerse de semejantes métodos. Ya verá. Si tiene algún cargo que hacerme, entrégueme a la justicia. Dispone de 24 horas para eso. Y no tiene por qué tutearme.

Hubo carcajadas alrededor mío. Yo sabía perfectamente que esas protestas no servían para nada y que, en dichas circunstancias, era ridículo invocar la ley ante esos brutos, pero quería hacerles ver que no me habían impresionado.

-Vamos -dijo Cha...

Se me sentó un "para" sobre el pecho. Muy moreno, con el labio superior levantado en forma de triángulo bajo la nariz, una amplia sonrisa de niño que está a punto de hacer una broma pesada... Había de identificarlo más tarde en el despacho del juez durante un careo. Era el sargento Ja...

Otro "para" (oriundo sin duda de Oranía, por su acento) se hallaba a mi izquierda, otro a mis pies y los oficiales alrededor. Había otros más en la habitación, que se habían acercado para no perderse el espectáculo.

Sin dejar de sonreír, Ja... agitó primero ante mis ojos las pinzas que remataban los electrodos. Pinzas pequeñas de acero brillante, alargadas y dentadas. Pinzas "cocodrilo" las llaman los obreros de las líneas telefónicas. Ja... me colocó una en el lóbulo de la oreja derecha y otra en el dedo del mismo lado.

De pronto me revolví en mis ligaduras y aullé con toda mi voz. Cha. acababa de meterme en el cuerpo la primera descarga eléctrica. Junto a mi oreja había surgido una larga chispa y sentí en mi pecho que el corazón se me venía a la boca. Me retorcía aullando y me atiesaba hasta herirme, mientras se sucedían sin tregua las descargas dirigidas por Cha. con el magneto en sus manos. Al mismo compás Cha. repetía una sola pregunta, destacando las sílabas:

→Dónde te escondés?

Entre dos descargas me volví hacia él para decirle:

-¡Está equivocado y se arrepentirá!

Furioso, Cha... dió vuelta a fondo el reóstato de su magneto:

-¡Cada vez que me des consejos te mandaré una descarga!

Y mientras yo seguía gritando le dijo a Ja...:

—¡Dios mío! ¡Cómo grita! ¡Amordázalo!

Apoderándose de mi camisa, Ja... me la hundió en la boca y volvió a empezar el suplicio. Yo mordía la tela con todas mis fuerzas y algo me aliviaba

De repente sentí algo así como la salvaje mordedura de una fiera que me arrancase la carne a tirones. Siempre sonriente encima mío, Ja... me había conectado la pinza en el sexo. Las sacudidas que me estremecían eran tan fuertes que las correas de un tobillo se soltaron. Hicieron una pausa para ajustarlas antes de continuar.

Al poco tiempo el teniente reemplazó a Ja... Había quitado una pinza del cable y me lo pasaba por todo el pecho. Sacudían mi cuerpo estremecimientos nerviosos cada vez más violentos. La sesión continuaba. Me habían rociado con agua para aumentar todavía más la intensidad de la corriente, de tal modo que entre dos descargas seguía temblando, pero de frío. Alrededor mío, sentados sobre los bultos, Cha... y sus amigos vaciaban botellas de cerveza. Clavé los dientes en mi mordaza para librarme del calambre que me retorcía todo el cuerpo. Era en vano.

Por fin se detuvieron.

-Vamos, ¡desátenlo!

Había terminado la primera "sesión".

Me levanté titubeando y me puse el pantalón y el saco. Ir... se hallaba delante mío. Mi corbata estaba sobre la mesa. Se apoderó de ella, me la ató como una soga alrededor del cuello y en medio de las carcajadas, me arrastró, como si arrastrara un perro, detrás suyo hasta la oficina contigua.

-¿Y? -preguntó-. ¿No te basta ya? No vamos a dejarte en paz. ¡Arrodillate!

Con sus enormes manos comenzó a abofetearme con todas sus fuerzas. Caí de rodillas, pero carecía de fuerzas para mantenerme derecho. Oscilaba, ora a la izquierda, ora a la derecha. Los golpes de Ir... restablecían el equilibrio, cuando no me arrojaban contra el piso de cemento.

-¿Y? ¿Vas a hablar? Estás listo, ¿me oyes? ¡Eres un muerto a plazo!

-Traigan a Audin -dijo Cha...-. Está en el otro edificio.

Ir... seguía golpeándome, mientras el otro, sentado sobre una mesa, disfrutaba del espectáculo. Hacía tiempo que mis anteojos habían volado. Mi miopía aumentaba aún más la impresión de irrealidad y pesadilla que experimentaba y contra la cual me esforzaba en luchar ante el temor de que se quebrase mi voluntad.

-Vamos, Audin, dígale lo que le espera. ¡Eví-tele los horrores de anoche!

Era Cha... quien hablaba. Ir... me levantó la cabeza. Encima mío vi el rostro pálido y hosco de mi amigo Audin que me contemplaba mientras yo oscilaba sobre mis rodillas.

-Vamos, háblele -dijo Cha...

-Es difícil, Henri -dijo Audin.

Y se lo llevaron de nuevo. Bruscamente, Ir... me volvió a levantar. Se hallaba fuera de sí. La sesión duraba demasiado.

—¡Escuchame, mugriento! ¡Estás listo! ¡Vas a hablar! ¿Me oís? ¡Vas a hablar! —Mantenía su rostro muy cerca del mío; casi me tocaba y gritaba—: ¡Vas a hablar! ¡Todo el mundo tiene que hablar aquí! Hicimos la guerra en Indochina y hemos aprendido a conocerles a ustedes. ¡Esta es la Gestapo! ¡Y vos sabes lo que es Gestapo! — Luego, irónico—: Has escrito artículos sobre las torturas, ¿eh, mugriento? ¡Y bien! Ahora la 10ª D. P.¹º te las está practicando.

Detrás de mí oi reír al grupo de torturadores. Ir... me machacaba el rostro con bofetadas y el vientre con rodillazos.

-Lo que hacemos aquí lo haremos en Francia. A tu Duclos y a tu Mitterand 20 les haremos lo

19 10<sup>a</sup> División de Paracaidistas.

que te hacemos a vos, y a tu puta República la haremos sonar también. 21 Vas a hablar, te lo digo.

Sobre la mesa había un pedazo de cartón duro. Lo asió y se valió del mismo para golpearme. Cada golpe me atontaba más pero, al mismo tiempo, me fortalecía en mi decisión de no ceder a esas bestias que se jactaban de ser los émulos de la Gestapo.

-Bueno -dijo Cha...-, te lo buscaste! Vamos a entregarte a las fieras.

Esas "fieras" eran los mismos que yo ya conocía, pero que habían de desarrollar más ampliamente sus talentos.

Ir... me arrastró hasta la primera habitación donde se hallaban la tabla y el magneto. Tuve tiempo de ver a un musulmán desnudo al que hacían levantar a puntapiés y correr hacia el pasillo. Mientras Ir... y Cha... y los demás se ocupaban de mi, el resto del grupo había proseguido su "trabajo" con la tabla y el magneto. Habían "interrogado" a un sospechoso para no perder tiempo.

Lo... me ató sobre la tabla. Comenzaba una nueva sesión de tortura eléctrica.

<sup>20</sup> Jacques Duclos es el líder comunista, y François Mitterand dirige la fracción izquierdista de la Unión Democrática y Socialista de la Resistencia. Era ministro del Interior del gabinete de Mendes France. (N. del T.)

<sup>21</sup> Como se ve, se trata de una infidencia sobre el golpe que los militares preparaban desde Argelia contra la 4ª República, y que el general De Gaulle lia concretado con su "Referendum" del 28 de setiembre de 1958.

-Esta vuelta te vamos a aplicar el "gordo" - dijo.

En las manos de mi torturador vi un aparato más grande y hasta en el dolor sentí una diferencia de calidad. En lugar de las mordeduras agudas y rápidas que parecían desgarrarme el cuerpo, era ahora un dolor más amplio que se hundía profundamente en todos mis músculos y los retorcía durante más tiempo. Crispado en mis ligaduras, apretaba la mandíbula sobre mi mordaza y mantenía los ojos cerrados. Hicieron una pausa, pero yo seguí temblando nerviosamente.

-¿Sabés nadar? -preguntó Lo... inclinado hacia mí—. Te vamos a enseñar. Vamos, ¡a la canilla!

Levantaron la tabla sobre la cual yo seguía atado y me trasladaron así a la cocina. Allí apoyaron sobre la pileta la extremidad de la madera donde estaba mi cabeza. Dos o tres "paras" sostenían la otra punta. En la cocina no había más luz que la poca que provenía del pasillo. En la penumbra distinguí a Ir.., Cha... y el capitán De... que parecía haber tomado la dirección de las operaciones. En la canilla niquelada que brillaba encima de mi rostro, Lo... sujetó el caño de goma. Me envolvió la cabeza en un trapo mientras De... le decía:

-Póngale una cuña en la boca. A través de la tela, Lo... me apretaba la nariz. mientras trataba de hundirme un pedazo de madera entre los labios para que yo pudiera cerrar la boca o rechazar el agua.

Cuando estuvo todo listo me dijo:

-Cuando quieras hablar sólo tendrás que mover los dedos.

Y abrió la canilla. El trapo se embebió rápidamente. El agua me corría por todas partes, en la boca, en la nariz y sóbre todo el rostro. Pero, por un tiempo, pude seguir aspirando unos pequeños sorbos de aire. Al contraer la garganta yo trataba de absorber lo mênos posible de agua y resistir a la asfixia al retener lo más posible de aire en mis pulmones. Sin embargo, no pude resistir más de unos instantes. Tenía la impresión de ahogarme y una terrible angustia se apoderó de mí: la angustia de la muerte misma. A pesar mío todos los músculos de mi cuerpo se estiraban inútilmente para arrebatarme del ahogo, y también los dedos de mis dos manos se agitaron alocadamente.

-¡Ya está! Va a hablar -dijo una voz.

El agua dejó de correr y me quitaron el trapo. Yo respiré. En la penumbra vi a los tenientes y al capitán, con cigarrillos en la boca, que me golpeaban violentamente en el vientre para hacerme devolver el agua absorbida. Embriagado por el aire que aspiraba sentía apenas los golpes.

--<sup>⊊</sup>X5

Me quedé callado.

-¡Nos tomó el pelo! ¡Vuelvan a ponerle la cabeza bajo la canilla!

Esta vez cerré los puños hasta hundirme las uñas en las palmas. Estaba decidido a no volver a mover los dedos. Era mejor morir asfixiado de una vez. Temía volver a vivir ese momento terrible en que me había sentido hundirme en la inconsciencia mientras que al mismo tiempo forcejeaba con todas mis energías para no morir. No volví a agitar los dedos pero, en tres oportunidades, volví a experimentar esa insoportable angustia. In extremis me dejaban tomar aliento mientras me hacían devolver el agua.

Finalmente, perdí el conocimiento.

Cuando volví a abrir los ojos, tardé unos segundos antes de volver a tomar contacto con la realidad. Me hallaba tendido, desatado y desnudo, en medio de los "paras". Vi a Cha... inclinado hacia mí.

-Ya está, vuelve -dijo a los demás. Y dirigiéndose a mí-: Casi te quedás ahí, ¿sabés? Pero no creas que siempre vas a poder desmayarte... ¡Parate!

Me hicieron levantar. Titubeando, me agarre del mismo uniforme de mis verdugos, pues me sentía a punto de desplomarme en cualquier momento. Con bofetadas y puntapiés me lanzaban como una pelota del uno al otro. Esbocé un movimiento de defensa.

-Todavía reacciona... el animal -dijo alguien.

-Y ahora ¿qué hacemos? -preguntó otro.

Oi entre las carcajadas:

-Vamos a chamuscarlo.

-Interesante... Nunca he visto eso.

Era Cha..., con el tono de alguien que está

por hacer un nuevo experimento.

Me empujaron hacia la cocina y allí me hicieron recostar sobre el hornillo y la pileta. Lo... me envolvió los tobillos con un trapo húmedo antes de atarlos sólidamente juntos con una soga. Entre todos, entonces, me levantaron a fin de colgarme, con la cabeza para abajo, de la base de hierro de la campana, sobre la pileta. Sólo mis dedos tocaban el piso. Se divirtieron un momento balanceándome del uno al otro como una bolsa de arena. Vi a Lo... que encendía lentamente una antorcha de papel a la altura de mis ojos. Se enderezó y, de repente, sentí la llama sobre el sexo y las piernas, cuyos pelos se incendiaron con un chirrido. Me erguí con un movimiento tan violento que dí contra Lo... Volvió a "chamuscarme" una y otra vez antes de ponerse finalmente a quemarme la punta de una tetilla.22

Pero yo no reaccionaba ya en forma satisfactoria. Se alejaron los oficiales. Sólo quedaron con-

<sup>22</sup> Este inteligente método de tortura, por el cual los nazis sentían predilección, fué documentado en la famosa película italiana "Roma, ciudad abierta". (N. del T.)

migo Lo... y otro "para". De vez en cuando volvían a golpearme o me aplastaban con sus botas la extremidad de los dedos como si quisieran recordarme su presencia. Con los ojos abiertos, yo hacía esfuerzos desesperados para vigilarlos y tratar de no dejarme sorprender por sus golpes. En los momentos de tregua trataba de pensar en otra cosa para olvidarme de mis tobillos lacerados por la soga.

Finalmente, procedentes del pasillo, vi dos botas acercarse a mi rostro. Reconocí la cara —invertida— de Cha... de cuclillas. Me miraba fijamente.

-¿Y? ¿Hablás? ¿No cambiaste de idea? Lo miré sin contestar.

-Desátenlo.

Lo... soltó la soga que me ataba a la barra de hierro mientras el otro "para" me tiraba de los brazos. Caí de bruces sobre el piso de cemento.

-¡Levantate!

No podía hacerlo solo. Sostenido de ambos lados sentí que las plantas de mis pies estaban hinchadas hasta el punto de darme la impresión de que cada uno de mis pasos se hundía en una nube. Volví a ponerme el saco y el pantalón y rodé vertiginosamente por una escalera. Allí otro "para" me volvió a levantar y me apoyó la espalda contra la pared, sosteniéndome con sus dos manos. Yo temblaba de frío y a causa del agotamiento

nervioso. Mis dientes castañeteaban. El compañero de Lo...—el mismo que se había "ocupado" de mí en la cocina— había llegado al descansillo.

-¡Caminá! -ordenó.

Me empujó hacia adelante y de un puntapié me arrojó al suelo.

-¿No ves que está "groggy"? -dijo el otro con acento francés-. ¡Déjalo tranquilo!

Eran las primeras palabras humanas que oía desde mi llegada.

-A tipos como éste habría que liquidarlos a todos -respondió mi torturador.

Me flaqueaban las piernas, y para no caer me apoyaba con las palmas y la frente contra la pared del pasillo. Mi torturador me hizo poner las manos en la espalda y me ató las muñecas con una delgada cuerdecita. Luego me arrojó en una celda.

De rodillas avancé hacia un jergón de paja que se hallaba contra la pared. Traté de recostarme de bruces pero el jergón estaba cosido por todas partes con alambre de púas. Detrás de la puerta oí una carcajada.

-Lo puse con el jergón de alambre de púas.

Era siempre el mismo. Alguien le contestó:

-De todos modos ganó una noche, para dar tiempo a sus amigos a largarse.

La cuerdecita me penetraba en la carne, me do-

lían las manos y me quebraba los hombros la posición en que estaban sujetos mis brazos. Rocé la punta de mis dedos contra el cemento rugoso para hacerles sangrar y aliviar un poco la presión en mis manos hinchadas, pero no lo logré.

Por un tragaluz en lo alto de la pared veía que la noche aclaraba. Oí cantar un gallo y calculé que "paras" y oficiales, cansados de su noche, no podrían volver antes de las nueve, por lo menos. Por lo tanto, tenía que utilizar en la mejor forma posible todo ese tiempo para recuperar fuerzas antes del próximo "interrogatorio". Ora sobre un hombro, ora sobre el otro, trataba de aflojarme, pero mi cuerpo se negaba a calmarse. Temblaba constantemente y no pude hallar un momento de reposo. Golpeé con el pie varias veces en la puerta. Finalmente acudió alguien.

-¿Que querés?

Yo quería ir a orinar.

-Meate encima -me contestó el "para" sin abrir la puerta.

2

Ya era de día cuando un "para" —el mismo que había juzgado excesiva la brutalidad de su compañero— apareció y me dijo:

-Vamos, nos mudamos.

Me ayudó a levantarme y me sostuvo mientras subíamos la escalera.

Desembocamos en una inmensa terraza. El sol ya brillaba con fuerza, y más allá del edificio se descubría todo un barrio de El Biar. Por las descripciones que había leído del lugar me dí cuenta de golpe que me encontraba en el inmueble de los "paras" en que había muerto Alí Boumendjel, abogado de la Corte de Apelaciones de Argel. Era precisamente esa terraza desde donde sus torturadores pretendían hacer creer que se había arrojado para "suicidarse".

Por otra escalera pasamos al segundo cuerpo del edificio. Luego mi carcelero me encerró en una pequeña habitación oscura. Era una celda — casi un placard— en la que jamás entraba la luz del día. Un estrecho tragaluz en lo alto de la pared, que daba hacia una chimenea de ventilación, dejaba penetrar algunos rayos de luz. Avancé arrastrándome como podía hacia un rincón para apoyar la espalda contra el muro y aliviar mis hombros retorcidos por calambres.

Poco después, el trajín por los pasillos se hizo más intenso. La casa comenzaba a recobrar vida y yo me dispuse a prepararme para el regreso de mis verdugos. Pero Ir... apareció solo. Me agarró por los hombros para ayudarme a levantar, y me llevó hasta el descanso.

-Aquí lo tiene, mi comandante -dijo.

Delante de mí se hallaba un mayor de "paras" con uniforme camuflado y boina azul. Era alto, encorvado y extremadamente flaco. En tono suave e irónico me preguntó:

-¿Usted es periodista? Entonces debe comprender que queremos estar informados. Tendrá que informarnos.

Sólo quería conocerme. Me reintegraron a mi placard. No había de quedarme allí mucho tiempo solo, pues, instantes más tarde, Ir... reapareció. Ahora lo acompañaba Cha... con otro que traía un magneto. Desde el umbral de la puerta me miraron.

-¿No querés hablar todavía? Ya sabés que iremos hasta el final.

Yo estaba apoyado contra la pared frente a la puerta. Entraron, encendieron la luz y se instalaron en semicírculo alrededor mío.

-Necesito una mordaza -dijo Cha...

Hundió la mano en uno de los hatos que se encontraban allí y sacó una toalla mugrienta.

-No te preocupes -dijo Ir...-, puede aullar. Estamos en el tercer subsuelo.

-De cualquier manera -protestó Cha...-, es desagradable...

Me desabrocharon el pantalón, me bajaron los calzoncillos y me colgaron los electrodos de ambos lados de la ingle. Se reemplazaban para dar vueltas a la manija del magneto. Era un "gordo", como el último del día anterior. Yo gritaba sólo al principio de la descarga y a cada aumento de la corriente. Mis movimientos eran mucho menos violentos que durante las primeras sesiones. Sin duda se lo esperaban, pues no habían estimado necesario atarme sobre la tabla. Mientras proseguía el suplicio se oía un altoparlante vociferando canciones en boga. Probablemente la música provenía de algún comedor o casino muy cerca y no dejaba oír mis gritos. Eran esas disposiciones lo que Ir... bautizaba con el nombre de "tercer subsuelo". La sesión de tortura se prolongaba y yo me iba agotando. Me caía, ora a la derecha, ora a la izquierda.

Uno de los dos tenientes desprendía entonces

una pinza y me pinchaba en la cara hasta que me enderezaba.

-Palabra -dijo Cha... -le gusta esto.

Debieron consultarse y decidir que era necesario dejarme recobrar fuerzas.

-Déjale los cables conectados -dijo Ir...-, ya que volveremos.

Y me abandonaron con las pinzas incrustadas en la carne.

Me habré dormido de golpe, pues cuando los volví a ver tuve la impresión de que sólo un instante había transcurrido desde que se habían ido. Y desde entonces perdí la noción del tiempo.

Ir... entró primero en la habitación y me lanzó un puntapié, diciendo:

-¡Sentate!

No me moví. Me agarró y me apoyó la espalda en un rincón. Un momento después volvía a torcerme bajo el efecto de la corriente eléctrica. Sentía que esa resistencia mía los ponía siempre más brutales y nerviosos.

-Se lo vamos a encajar en la boca -dijo Ir... ordenándome que la abriera.

Para obligarme a obedecer me apretó la nariz y en el momento en que yo abría la boca para respirar me hundió el cable pelado hasta muy adentro, hasta el fondo del paladar, mientras Cha... accionaba el magneto. Yo sentí crecer la intensidad de la corriente y al mismo tiempo mi garganta, mi mandíbula, todos los músculos de mi rostro hasta mis párpados se contraían en una crispación cada vez más dolorosa.

Ahora era Cha... quien tenía el cable.

-Puedes soltar —le dijo Ir...—, se queda solo. En efecto, mi mandíbula se hallaba soldada al electrodo por la corriente. Me era imposible aflojar los dientes a pesar de todos mis esfuerzos. Bajo mis párpados crispados, imágenes de fuego y dibujos geométricos luminosos atravesaban mis ojos. Creí sentir que saltaban de sus órbitas como si fueran empujados desde adentro. La corriente había alcanzado su límite y paralelamente mi sufrimiento también. Era algo así como la pleamar, y pensé que ya no podrían hacerme sufrir más. Pero oí a Ir... que decía al "para" que accionaba el magneto:

-Dale a golpecitos. Disminuyes la velocidad y luego vuelves a aumentarla...

Sentí, efectivamente, que la intensidad disminuía y que decrecían los calambres que me atiesaban todo el cuerpo. Luego, de un solo golpe, al darle al magneto todo el volumen, la corriente me descuartizó de nuevo. Para librarme de esas caídas bruscas y nuevas ascensiones agudas hasta la cúspide del suplicio, con todas mis fuerzas comencé a golpearme la cabeza contra el suelo, y los golpes me aliviaban. Muy cerca del oído Ir... me gritaba:

-No tratés de matarte, no lo lograrás.

Por fin hicieron una pausa. Ante mis ojos se agitaban todavía rayas y puntos de luz, y en mis oídos resonaba el ruido de un torno de dentista. Al cabo de un instante los distinguí a los tres delante de mí.

-¿Y? -preguntó Cha...

No contesté.

-¡Dios mío! -exclamó Ir... y me abofeteó con todas sus fuerzas.

-Escuchame -dijo Cha... más tranquilo-. ¿De qué te sirve todo esto? No querés decir nada. Entonces vamos a agarrar a tu mujer. ¿Creés que aguantará ella?

A su vez, Ir... se inclinó hacia mí.

-¿Creés acaso que tus hijos están a salvo porque están en Francia? Les haremos venir cuando se nos dé el gusto.

En medio de esa pesadilla ya no distinguía sino con dificultad, las amenazas en serio, de la extorsión gratuita. Pero sí sabía que eran capaces de torturar a Gilberte como lo hicieron con Gabrielle Giménez, Blanche Moine, Elyette Loup y otras mujeres jóvenes. Más tarde me enteré de que habían torturado incluso a la señora de Touri (esposa de un actor muy conocido de la radio de Argel) en presencia de su marido para que él hablara. Yo temía que adivinaran la angustia que se apoderaba de mí ante la idea de que pudieran,

efectivamente, ejecutar sus amenazas, y oí con alivio a uno de ellos que decía:

-No le importa. No le importa nada.

Me abandonaron, pero ya no pude deshacerme de la idea de que Gilberte podía en cualquier momento ser atada sobre la tabla de los suplicios. Cha... volvió un poco más tarde con otro "para". Me conectaron de nuevo y volvieron a salir. Ahora yo tenía la impresión de que iban y venían continuamente, dándome sólo unos momentos de tregua para recuperar fuerzas. Volví a ver a Cha... que me corría el cable sobre el pecho y repetía continuamente la misma pregunta:

-¿Dón-de-pa-sas- te-la-no- che-an- tes-de- ser-de-teni-do?

Me pusieron ante los ojos la fotografía de un dirigente del partido al que buscaban.

—¿Dón-de-es-tá?

Miré a Cha..., que estaba ahora acompañado por Ir... Vestía un traje de civil, muy elegante. Al carraspear yo, se apartó de mí.

-¡Cuidado! Va a escupir.

-¿Qué importa? -dijo el otro.

-No me gusta. No es higiénico.

Estaba apurado. Tenía miedo de ensuciarse. Se enderezó y se dispuso a salir de la habitación. Pensé que debía ir a alguna fiesta y que, por consiguiente, había transcurrido otro día por lo menos desde mi detención. Y, de pronto, me sentí

feliz por la idea de que los "brutos" no me habían vencido.

Ir... también se marchó, pero no me quedé mucho tiempo solo. En la ceida oscura empujaron a un musulmán. La puerta abierta durante un momento dejó pasar un rayo de luz. Entreví su silueta. Era joven y correctamente vestido. Tenía las muñecas esposadas. Se adelantó a tientas y se instaló a mi lado.

De cuando en cuando me sacudían estremecimientos, y yo me sobresaltaba gimiendo como si la tortura de la electricidad me perseguía todavía. Sintió mis escalofríos y tiró mi saco para cubrir mis hombros helados. Me sostuvo para que yo pudiera arrodillarme y orinar contra la pared. Luego me ayudó a recostarme.

-Descansa, hermano mío, descansa -me murmuró.

Pensé decirle: "Soy Alleg, el ex director de Alger Républicain. Di afuera, si puedes, que he muerto aquí". Pero necesitaba hacer un esfuerzo y no tuve tiempo. Se abrió la puerta de repente y oí a alguien que decía desde el pasillo:

-¿Por qué lo metieron aquí a ése?

Y se lo llevaron.

Un poco más tarde volvió a abrirse la puerta. Eran dos "paras". Uno de ellos apuntó una linterna eléctrica hacia mi cara. Yo aguardaba los golpes pero no me tocaron. Traté en vano de distinguir quiénes eran, pero sólo oí una voz joven que decía:

-Es terrible, ¿verdad?

Y el otro "para" contestó:

-Sí, es tremendo.

Y se marcharon. Finalmente se encendió de golpe la luz. Eran dos hombres del grupo de Ir...

-¿Todavía no dijo nada?

-No te preocupes, dentro de cinco minutos va a hablar.

-¡Ah! -contestó el otro-. ¿Hablaste de tu idea con el teniente?

-Sí.

Comprendí que iba a conocer nuevos suplicios. Ir... apareció detrás de ellos. Se inclinó hacia mí, me levantó y me apoyó la espalda contra la pared. Abrió mi saco y se instaló frente a mí con las piernas apoyadas en las mías separadas sobre el piso. Sacó una caja de fósforos de un bolsillo de su uniforme, frotó uno y muy lentamente lo corrió ante mis ojos para ver si yo seguía la llama y si tenía miedo. Luego, siempre con fósforos, comenzó a quemarme la punta de las tetillas.

-¡Ahora te toca a ti!

Se dirigía a uno de sus asistentes. El "para" estaba encendiendo antorchas de papel ya preparadas y me chamuscaba la planta de los pies. No me moví ni articulé una palabra. Me había vuelto

completamente insensible, y mientras Ir... me quemaba, podía mirarlo sin pestañear. Furioso me golpeó en el bajo vientre mientras aullaba:

—¡Estás listo!... ¡Listo! ¿Hablás? ¡Sí o no, mierda! Te gustaría que te despache ahora mismo, ¿verdad? Pero no ha terminado todavía. ¿Sabés qué es la sed? ¡Vas a reventar de sed!

La corriente me había desecado la lengua, los labios, la garganta. Estaban ásperos y duros como la madera. Ir... debía saber que el suplicio eléctrico crea una sed insoportable. Había abandonado sus fósforos y en la mano tenía un vaso de soldado. En la otra, un recipiente de cinc.

-Hace dos días que no bebés. Cuatro antes de reventar. ¡Son muchos cuatro días!... Lamerás tus meadas.

A la altura de mis ojos o cerca de mi oído hacía caer en el vaso de metal un-hilillo de agua y repetía:

-Hablá y bebés... Hablá y bebés...

Con el borde del vaso me entreabría los labios. No había dejado más que un dedo de líquido y yo veía el agua fresca agitarse en el fondo. Pero no podía absorber una sola gota. Muy cerca de mi cara, Ir... se reía de mis vanos esfuerzos agotadores.

-Digan a los muchachos que vengan a ver el suplicio de Tántalo -dijo bromeando.

En el marco de la puerta aparecieron otros

"paras". A pesar del embotamiento en que me debatía levanté la cabeza y me negué a mirar el agua para no brindar a esas bestias el espectáculo de mi surrimiento.

-Bueno, mo somos tan malos! Lo mismo te voy a dar algo.

Y llevó hasta mis labios el vaso lleno hasta el borde. Vacilé un momento. Entonces, apretándo me la nariz y empujándome la cabeza hacia atrás me volcó el contenido del vaso en la boca. Era un agua atrozmente salada.

Hubo otra interrupción. Transcurrieron minutos u horas hasta que De..., el capitán, apareció a su vez. Lo acompañaban Lo..., Ir... y ese enorme paracaidista que había participado en las sesiones del miércoles. Me apoyaron la espalda contra la pared, y Lo... me conectó las pinzas en la oreja y el dedo.

Cada descarga me hacía estremecer, pero sin gritar. Me hallaba casi tan insensible como una máquina. De... le hizo seña para que se detuviera. Sentado sobre un bulto, casi a mi altura, fumaba mientras hablaba con una voz muy suave que contrastaba con la de los demás cuyos aullidos todavía resonaban en mis oídos. Charlaba de temas aparentemente sin importancia y sin relación alguna con las preguntas que se me machacaban desde el principio.

Entre otras cosas me preguntó si muchos diarios eran miembros de la Federación de la Prensa. Seguramente le habría contestado, pero sólo podía mover con esfuerzo mis labios resecos y endurecidos, mientras que de mi garganta sólo salía un aliento sin sonoridades. Penosamente traté de articular algunos títulos, mientras él continuaba como si la pregunta nueva se derivara de las precedentes:

-Y Audin, era un buen compañero, ¿verdad? Fué algo así como una señal de alarma. Comprendí que de una cosa a la otra, insensiblemente, quería llevarme a hablar de lo que le interesaba. Pese al embotamiento en que me habían sumido los golpes y las torturas, una sola idea seguía siendo clara para mí. No decirles nada. No ayudarles en nada. No volví a abrir la boca.

Simultáneamente, De... perdió la calma. Se enderezó y comenzó a golpearme en el rostro con todas sus fuerzas. Mi cabeza bamboleaba de un lado al otro al compás de las bofetadas, pero me había vuelto tan insensible que ya no cerraba los ojos ni siquiera cuando su mano se abatía sobre mí. Finalmente se detuvo para pedir que trajeran agua.

-Ya hemos probado, mi capitán -dijo Ir...

Mi torturador se apoderó lo mismo de la cantimplora y del vaso que le alcanzaron. Al igual que el teniente antes, comenzó ante mis ojos a verter el agua de un recipiente a otro, llevó el, vaso a mis labios sin que yo pudiese remojarlos y luego, desalentado por mi falta de reacción, pues yo no hacía esfuerzo alguno para tratar de beber, volvió a apoyar el vaso en el suelo. Me desplomé hacia un costado. En mi caída volqué el vaso.

-Habrá que secar cuidadosamente -dijo fr...para que no pueda lamer.

De... se apartó e Ir... lo reemplazó. Con su voz aguda comenzó a gritar inclinado hacia mí:

-¡Estás listo! Esta es tu última oportunidad. ¡Tu última oportunidad! Por eso vino el capitán.

Un paracaidista que había entrado con Lo... se hallaba sentado con las piernas cruzadas en un rincón. Había desenfundado su pistola y la examinaba en silencio, ostensiblemente, como para ver si todo estaba en orden. Luego la apoyó sobre sus rodillas como si esperase una orden. En tanto, Lo... me había "conectado" y accionaba el magneto a golpecitos, pero sin convicción. Me sobresaltaba con cada descarga. Sin embargo temía otra cosa.

Creía distinguir, apoyada en el suelo contra la pared, una enorme pinza envuelta en tiras de papel, y trataba de imaginar qué suplicios nuevos me aguardaban. Creía que con ese instrumento podían arrancarme las uñas. Me sorprendí de inmediato al no experimentar más miedo de ello, y casi me tranquilicé ante la idea de que las ma-

nos no tenían más de diez dedos. Apenas hubieron apagado y vuelto a cerrar la puerta, me arrastré hasta la pared, y me dí cuenta de que "la pinza" no era sino un caño de desagüe que salía de la mampostería.

Me resultaba cada vez más difícil concentrarme. La fiebre me hacía delirar. Pero tenía conciencia de que ya no podían ir mucho más lejos. Me cruzaban la mente fragmentos de conversaciones pasadas: "El organismo no puede resistir indefinidamente. Llega el momento en que afloja el corazón". Así había muerto nuestro joven compañero Djegri, dos meses antes, en una celda de la residencia S..., dominio de los "boinas verdes" del capitán Fau...

Mucho tiempo después, cuando se volvió a abrir la puerta, vi entrar a Ir..., acompañado por dos oficiales que no había visto nunca hasta entonces. En la oscuridad uno de ellos se acurrucó delante de mí y me puso la mano en el hombro como para hacerme entrar en confianza.

-Yo soy el edecán del general M...

Se trataba del teniente Ma...

-Me apena verlo en este estado -agregó-. Usted tiene treinta y seis años. Es muy joven para morir.

Se volvió hacia los otros dos y les pidió que salieran.

-Sólo a mí me va a hablar -explicó.

Después de cerrarse la puerta nos quedamos los dos solos.

—¿Usted tiene miedo de que se sepa que habló? Nadie lo sabrá y a usted lo tomaremos bajo nuestra protección. Diga todo cuantó sabe y lo haré trasladar de inmediato a la enfermería. Dentro de ocho días se hallará en Francia con su mujer. Puede confiar en nuestra palabra. Sino, va a desaparecer.

Aguardó una respuesta. La única que se me ocurrió, se la dí:

-¡Peor para míl

-Usted tiene hijos -continuó-. Quizá podría verlos. ¿Quiere que les diga que conocí a su padre?... ¿Entonces? ¿No quiere hablar? Si me deja ir, volverán ellos. Y no se detendrán hasta el final.

Me quedé silencioso.

Se levantó, pero agregó antes de salir:

-Sólo le queda suicidarse.

Le oí cambiar unas palabras con los otros dos que esperaban en el pasillo:

—Hace diez, quince años que saben que no deben hablar si están detenidos. Y no hay nada que hacer para sacárselo-de la cabeza.

Yo sentí que se acercaba el fin de una etapa. En efecto, instantes más tarde, entraron dos "paras". Me soltaron las manos, me ayudaron a levantarme y me acompañaron luego hasta la terraza. Cada dos o tres escalones se detenían para dejarme recobrar el aliento. Al pasar, otros "paras", en la escalera o en los descansos, hacían bromas para beneficio de sus compañeros:

-¿Tienen que llevarlo al señor? ¿Acaso no pucde caminar solo?

-Es que durante doce horas hemos estado poniéndolo en línea --contestó uno de mis acompañantes, como queriendo disculparse.

Finalmente regresamos al otro edificio.

### 4

Al final de un pasillo, hacia la izquierda, me introdujeron en una celda. Era un cuarto de baño qué no estaba aún instalado. Uno de los "paras" me agarró de las piernas y el otro por debajo de los brazos. Me depositaron sobre un jergón de paja apoyado contra la pared. Les oí discutir un momento para saber si convenía o no ponerme las esposas.

—Apenas si puede moverse. No vale la pena. El otro no estaba de acuerdo.

—A lo mejor después tenemos que lamentarlo. Finalmente, me encadenaron las muñecas, ya no en la espalda sino por delante. Experimenté un alivio extraordinario.

En lo alto de la pared, hacia la derecha, por un tragaluz cerrado con alambres de púas, las luces de la ciudad iluminaban débilmente la habitación. Era de noche. Desde el techo habían corrido hilillos de yeso sobre las paredes de cemento y por efecto de la fiebre se desdibujaban formas vivientes que se borraban apenas las veía. No pude dormir a pesar de mi agotamiento. Me agitaban estremecimientos nerviosos, y luces deslumbrantes me fatigaban dolorosamente la vista. En el pasillo hablaban de mí.

-Le darás de beber, un poco cada hora, que no sea demasiado; sino va a reventar.

Uno de los paracaidistas que me habían acompañado, un joven con acento francés, entró con una frazada que extendió sobre mí. Me dió de beber muy poquito, pero ya no tenía sed.

-¿No te interesa la propuesta del general M...?

Su voz no era hostil—: ¿Por qué no quieres decir nada? ¿No quieres traicionar a tus amigos? Hay que ser valiente para resistir así.

Le pregunté qué día era. Era el viernes por la noche, y habían comenzado a torturarme el miércoles.

En el pasillo había un incesante ruido de pasos y llamados, dominados de cuando en cuando por la voz aguda de Ir... impartiendo órdenes. Y, de repente, oí gritos tremendos muy cerca, sin duda en la habitación de enfrente. Era alguien a quien torturaban: una mujer. Creí reconocer la voz de Gilberte. Sólo días más tarde supe que me había equivocado.

Se torturó más o menos hasta el alba. A través

del delgado tabique oí los aullidos y las quejas, ahogados por la mordaza, así como los insultos y los golpes. Supe, muy pronto, que no era una noche excepcioanl, sino la rutina de la casa. Los gritos de dolor formaban parte de los ruidos familiares del "centro de selección", y ninguno de los "paras" ya les prestaba atención. Sin embargo, no creo que se haya encontrado un solo prisionero que no haya llorado como yo de odio y humiliación, al oír por primera vez los gritos de los torturados.

Me hallaba semiinconsciente. Sólo concilié verdaderamente el sueño hacia la madrugada, antes de despertarme muy tarde cuando el "para" de la víspera me trajo una sopa caliente. Mi primera comida desde el miércoles. Tragué con dificultad unas cucharadas. Mis labios, mi lengua y mi paladar seguían todavía irritados por las escoriaciones de los cables eléctricos. Se me habían infectado otras heridas, y tenía quemaduras en la ingle, en el pecho y los dedos. El "para" me quitó las esposas y me dí cuenta de que ya no podía mover la mano izquierda, insensible y rígida. Me dolía el hombro derecho y no podía levantar el brazo.

Por la tarde volví a ver a mis verdugos. Parecía que se habían dado cita en mi celda. Estaban todos: soldados, oficiales y dos civiles (probablemente de la D. S. T.) <sup>23</sup> que no había visto hasta entonces. Comenzaron a conversar entre ellos, como si yo no hubiese estado presente.

-¿De modo que no quiere hablar? - inquirió uno de los civiles.

-Tenemos todo el tiempo necesario -contestó el comandante-. Son todos así al principio. Tardaremos un mes, dos meses o tres meses, pero terminará por hablar.

Es de la misma especie que Akkache o Elyette Loup —asintió el otro— Lo que quiere, es ser un "héroe" y tener una pequeña placa sobre una pared dentro de unos cuantos siglos.

Festejaron todos la broma. Volviéndose hacia mí, el civil comentó sonriente:

-Sí que te han dejado lindo.

-La culpa es de él -dijo Cha...

-Nada le importa --intervino Ir...-; ni su mujer, ni sus hijos. Prefiere el Partido.

Tenía una bota apoyada sobre mí como sobre una presa.

Luego agregó como si se acordara de repente:

-¿Sabés que tus hijos llegan esta noche por avión? Van a tener un accidente...

Comenzaron a salir de la habitación, pero De... y Cha... habían sentido que yo vacilaba en tomar en serio esa extorsión. Se demoraron en el umbral de la puerta.

-Realmente, ¿no te importan tus hijos? -preguntó el teniente.

Se quedaron un momento silenciosos, y Cha... concluyó:

-Bueno! Entonces vas a reventar.

-Se sabrá cómo habré muerto -dije.

-No, nadie sabrá nada.

-Si, siempre se sabe todo.

Volvió al día siguiente —domingo— con Ir... sólo por espacio de un momento. Los dos estaban sonrientes.

-¿No cambiaste de idea? -dijo Cha.... Entonces tendrás nuevos líos. Tenemos medios científicos -insistió en el adjetivo- para hacerte hablar.

Cuando se hubieron ido golpeé en la puerta y pedí que me levantaran. Sostenido por un "para" fuí hasta la cocina, apoyándome en la pared, y me pasé un poco de agua por la cara. Mientras volvía a recostarme, otro "para" —ese europeo de Argelia que actuaba con Lo...— asomó la cabeza por el marco de la puerta entreabierta y me preguntó con expresión burlona:

-¿Y? ¿Estás mejor?

Sí -le contesté en el mismo tono-, prontopodrán empezar de nuevo.

<sup>23</sup> D. S. T.: organismo de la Policía Francesa (Dirección de la Policía Colonial).

Hubiera querido que charlara un poco y me dejara adivinar qué se me preparaba y cuáles eran esos medios "científicos". Pero sólo contestó huraño:

-Tenés razón. No ha terminado todavía. Te romperemos la trompa.

El lunes por la tarde me despertó Ir... Dos "paras" me ayudaron a levantarme y bajamos los cuatro juntos. En el piso inferior estaba la enfermería. Era una amplia habitación con grandes ventanales, algunos catres y una mesa sobrecargada de medicamentos en desorden. En ese momento sólo había allí un capitán médico que parecía esperarme. Era bastante joven, delgado, con el pelo negro y mal afeitado. Su uniforme estaba arrugado. Con acento del Sur de Francia me dijo en forma de saludo:

-¿Tiene usted miedo?

-No -contesté.

—No le daré golpes y le prometo no hacerlo sufrir.

Me recostaron sobre uno de los catres. Inclinado hacia mí el médico me tomó la presión arterial y me auscultó con su estetoscopio.

Me sentí molesto porque había descubierto eso por los latidos de mi corazón. Todos esos preparativos confirmaban mis temores. Iban a experimentar sobre mí el "suero de la verdad". Tales eran los medios "científicos" de que me había hablado Cha...

Desde la víspera me esforzaba en reunir los recuerdos que me habían dejado lecturas hechas al azar en los diarios sobre los efectos del penthotal. "Si la voluntad del sujeto es suficiente, no se le puede obligar a decir lo que no quiere decir". Yo había retenido esa conclusión que me repetía para conservar calma y confianza. Hubiera resultado inútil forcejear. Me habrían atado y era preferible utilizar toda mi energía para resistir lo mejor posible los efectos de la droga.

Aguardaron un rato la llegada del enfermero o del médico asistente. Sin duda regresaba de alguna operación o patrulla pues vestía uniforme de campaña. Tuvo que deshacerse de su ametralladora portátil y de su equipo antes de escuchar las explicaciones del médico:

-Primero, sólo cinco centímetros cúbicos. Hay organismos que resisten.

El médico se refería a la intolerancia de ciertos organismos a los narcóticos. Pero al principio creí que quería hablar de resistencia psicológica, y decidí darles la impresión de que no "resistía". En mi opinión era la mejor forma de absorber la dosis mínima de "suero".

Tiritaba de frío y nerviosidad. Me hallaba con el torso desnudo, pues no me habían devuelto mi camisa que seguramente alguien había encontrado de su gusto. Uno de los "paras" me arrojó una frazada sobre el cuerpo y el enfermero se acercó. Se apoderó de mi brazo derecho, hizo salir la vena apretando con una cinta elástica y hundió en ella la aguja.

Bajo la frazada deslicé mi mano izquierda, rígida e insensible, en el bolsillo de mi pantalón y la apreté contra mi muslo a través de la tela, obligándome a pensar que mientras sintiera ese contacto recordaría que no se trataba de una visión y estaría alerta. El enfermero apretaba muy lentamente el émbolo de la jeringa de tal modo que el líquido entrase gota a gota a mi corriente sanguínea.

-Cuente lentamente -me dijo el médico-. ¡Va-mos!

Conté "uno, dos, tres..." hasta diez y me detuve como si estuviese ya dormido. En la base de la nuca sentía un embotamiento helado que subía en dirección al cerebro y me empujaba hacia la inconsciencia.

-Once, doce, trece -dijo el médico para probarme-, ¡siga usted!

Obedecí la orden:

-Catorce... quince... dieciséis...

Salteé a propósito dos o tres medidas. Volví a contar 19, 20, 21 y me callé. Le oí decir:

-El otro brazo ahora.

Bajo la frazada desplacé lentamente mi mano derecha para ponerla en mi bolsillo, siempre con la sensación de que mientras mis uñas pellizcaran mi carne yo permanecería bien aferrado a la realidad. Pero, pese a todos mis esfuerzos, me dormí...

El médico me estaba golpeando suavemente las mejillas. Casi cuchicheando, con una voz que quería ser amistosa, me decía:

—¡Henri! ¡Henri! Soy yo, Marcel. ¿Estás bien? Lentamente y con esfuerzo volví a tomar conciencia de lo que sucedía. Estaba todo oscuro. Habían cerrado las persianas. Alrededor mío, sentados sobre los catres, "paras" y oficiales —los que yo conocía ya y otros probablemente invitados a presenciar el experimento— escuchaban en silencio. Vi que el médico tenía una hoja de papel en la mano y comprendí que era la lista de las preguntas que él debía hacerme.

Con el tono familiar de alguien que se encuentra con un viejo amigo, el médico comenzó preguntándome:

-¿Trabajaste mucho tiempo en Alger Républicain?

La pregunta era inofensíva. Probablemente trataba de hacerme entrar en confianza. Oí que yo contestaba con una locuacidad extraordinaria. Daba detalles sobre las dificultades de elaboración de un diario. Luego hablé de la constitución de los equipos de redacción. Era algo así como si estuviera ebrio, como si alguien que no era yo hablara en mi lugar. Pero yo conservaba suficiente conciencia para recordar que me hallaba en las manos de mis verdugos y que trataban de hacerme denunciar a mis compañeros.

Todo eso, sin embargo, no era más que una introducción. El médico cuchicheó en dirección a su asistente:

-Ya lo ve, da resultado. Hay que proceder así. Me interrumpió en medio de mis explicaciones para decirme en voz baja:

-Henri, me dijeron que me dirigiera a ti para ver a X... ¿Cómo tengo que proceder?

Bajo un disfraz "amistoso" se trataba de una pregunta que me habían hecho ya veinte veces mientras me torturaban. Mil imágenes acudían a mi mente ebria. Me encontraba en la calle, en un departamento, en una plaza y siempre con ese "Marcel" que me perseguía e importunaba con sus preguntas. Hice un esfuerzo y levanté los párpados. Logré hacer pie en la realidad antes de volver a hundirme de inmediato en esa semi-inconsciencia. El médico me sacudió un poco para que yo le contestara.

-¿Dónde está X...? E iniciamos un diálogo de locos.

- -Me extraña que te hayan hablado de mí. No sé dónde está X...
  - -¿Cómo se las arregla cuando quiere verte?
- -Jamás necesita verme. No tengo nada que ver con él.
- -Sí, por supuesto, pero si quisiera verte, ¿cómo haría?
- -Probablemente dejaria una nota en mi buzón, pero no hay motivo...

Luchaba mentalmente en medio de esa conversación viscosa, siempre lo bastante consciente pese a la droga— como para resistir a esas bestias.

- -Escúchame -prosiguió el médico-, tengo un escondite para X... Es absolutamente necesario que lo vea. Si lo encuentras, ¿puedes ponerme en contacto con él?
- -No te prometo nada -le contesté-. Me sorprendería que me dé una cita.
- -Bueno, pero si viniera por casualidad, ¿cómo puedo ponerme en contacto contigo?

-¿Dónde vives? -le pregunté.

- -Veintiséis, calle Michelet, tercer piso a la derecha. Pregunta por Marcel.
  - -Muy bien, recordaré la dirección.
- -No, no está bien. Te doy mi dirección. Tienes que darme la tuya. Tienes que tenerme confianza.
- -Bueno, entonces, si quieres, podemos encontrarnos en la parada del Parque de Galland den-

tro de quince días, a las seis de la tarde. Ahora me voy. No me gusta demorarme en la calle.

¿Vives cerca del Parque de Galland? Dime tu

dirección.

Me hallaba agotado y quería terminar de una vez por todas, hasta en forma grosera:

-Me estás secando, adiós.

-Adiós -repitió el médico.

Aguardó un instante, sin duda para asegurarse de que yo estaba bien dormido, y le oí cuchichear a alguien cerca de mí:

-Ya no le podremos sacar nada más.

Luego oí que todos se levantaban y se dirigían hacia la salida como después de un espectáculo. Uno de ellos, al pasar, encendió la luz. De un solo golpe recobré completamente el conocimiento. Estaban cerca de la puerta, algunos ya fuera y otros, entre Ir... y Cha..., todavía en la habitación y mirándome. Con todas mis fuerzas les grité:

—Pueden volver con su magneto. No les tengo miedo.

También el médico se marchaba llevando una pequeña cartera en la mano. Les hizo seña de que no contestaran. Antes de abandonar la enfermería le dijo al enfermero:

-Es posible que ahora se ponga un poco molesto. Déle unos comprimidos.

Antes que volvieran a hacerse cargo de mí los

"paras" que me habían traído, el enfermero curó mis heridas y cubrió las quemaduras que tenía en la ingle y el pecho con vendas adhesivas. Finalmente los "paras" me ayudaron a volver a subir hasta mi celda. Allí uno de ellos sacó dos comprimidos de un bolsillo y me dijo:

-¡Trágate esto!

Los acepté. Me los deslicé bajo la lengua, tomé un sorbo de agua y contesté:

-Ya está.

Apenas se cerró la puerta volví a escupirlos. Probablemente eran comprimidos de aspirina, pero yo no lograba concentrarme correctamente y me sentía invadido por una desconfianza aguda hacia todo. Sobre todo me preguntaba si no sería 'solamente el principio del "tratamiento". Sentía que ya no me hallaba en mi estado normal. El corazón y las sienes me latían febrilmente. Teníacita con "Marcel". Esa creación del penthotal adquiría una consistencia de carne. Yo había logrado no contestar sus preguntas. ¿Cómo podría deshacerme de él la próxima vez? Sentía que deliraba. Me abofeteé, me pellizqué para estar seguro de que todo eso no era un sueño. Pero tan sólo lograba hacer pie en la realidad para volver de inmediato a los temores que la droga suscitaba en mí.

5

-Vanios, inos mudamos!

Eran mis dos acompañantes de la enfermería. Debía ser bastante tarde, quizá las 11 de la noche. Mientras subíamos hacia la terraza se me ocurrió que iban a "suicidarme". En el estado en que me encontraba esa idea no me causaba la menor emoción. "No hablé bajo las torturas. Tampoco dió resultado el suero. Este es el fin." Pero volvimos a bajar al segundo edificio y se me abrió la puerta de una celda (el placard) que ya conocía. Había sido limpiada y se había colocado un catre con un jergón de paja.

Apenas se marcharon los "paras" volvieron a apoderarse de mi mente las mismas ideas olvidadas durante ese intervalo. Me preguntaba si no me estaría volviendo loco. Si seguían administrándome drogas, ¿sería, capaz de resistir todavía, como la primera vez? Y si el penthotal me hacía decir lo

que yo no quería, resultaría inútil haber resistido las torturas.

Se hallaba abierta la puerta del placard a la derecha y allí había un rollo de alambre de latón. El tragaluz abierto dejaba libre el gancho de cierre. Podía colgar del gancho un pedazo de alambre, subir sobre el catre y después apartarlo con un puntapié. Luego me rebelé contra la idea del suicidio. Después se creería que me había llevado a tal extremo el miedo a los suplicios. Además, me preguntaba si esas "facilidades" no me eran ofrecidas con toda intención y volvió a mi mente la frase que había pronunciado el edecán del general M...: "Sólo le queda suicidarse"

Sin embargo, en el momento mismo en que decidí que no me mataría y que, si había de morir, más valía que fuera bajo los golpes de los "paras", me pregunté si no era el temor a la muerte tan cercana lo que me hacía encontrar dichos "argumentos". Morir por morir, ¿no era mejor acaso morir en seguida y sin correr el riesgo de "ayudar a los verdugos"? Traté de razonar lo más tranquitamente posible y llegué a la conclusión de que, de todos modos, no me volverían a llevar hasta la mañana siguiente, por lo menos. Por lo tanto, tenía todavía tiempo para matarme en caso de emergencia. Asimismo me dí cuenta de que no me hallaba en un estado normal y que necesitaba descansar para poder reflexionar mejor.

Dormí hasta la madrugada. Junto con la fiebre habían desaparecido mis temores de la víspera. Me sentí de pronto orgulloso y contento de no haber cedido. Estaba convencido de que resistiría todavía si volvían a torturarme, de que lucharía hasta el fin y no les facilitaría el trabajo suicidándome.

Al promediar la tarde me llevaron de nuevo a mi primera celda del otro edificio, pero no me quedé allí mucho tiempo. Hacia la noche volví a recorrer el mismo camino en sentido contrario y me encontré de vuelta en el placard, donde pasé una segunda noche. Partes de conversación quellegaban hasta mí desde el pasillo me dieron la explicación de esas órdenes y contraórdenes. Se aguardaba la visita de una comisión (no sé cuál) 24 y sus miembros no debían verme. Por lo tanto me escondían en el segundo edificio que oficialmente no dependía del "centro de selección" y sólo servía de alojamiento para los "paras" así como también de comedor.

<sup>24</sup> Se trataba en realidad de la Comisión de Salvaguardia de los Derechos y Libertades Individuales, instituída por Guy Mollet en abril de 1957, con el propósito de apaciguar la opinión francesa e internacional, inquieta ante la extensión de las torturas en Argelia. (N. del T.)

Me sentía mejor y logré levantarme y mantenerme parado. Por la actitud diferente de los "paras" conmigo intuía que debían de haber apreciado, desde un punto de vista "deportivo", mi negativa a hablar. Hasta el macizo "para" del grupo de Lo... había cambiado de tono. Entró una mañana en mi celda y me dijo:

-¿Ya lo habían torturado en la Resistencia?

-No, ésta es la primera vez -contesté.

-Está bien --comentó con un tono entendido-, usted es duro.

Al anochecer entró a su vez otro "para" que yo no conocía. Pequeño, rubio, con un fuerte acento del Norte de Francia. Sin duda era un conscripto. Me dijo con una amplia sonrisa:

—dUsted sabe que asistí a todo? Mi padre me había hablado de los comunistas en la Resistencia.

Mueren, pero no dicen nada. ¡Está bien!

Miré a ese muchacho de rostro simpático, que podía hablar de las sesiones de tortura que yo había padecido, como si se tratara de un acto deportivo, y podía entrar a felicitarme sin sentirse molesto, como si se tratara de un campeón de ciclismo. Días más tarde lo vi congestionado, desfigurado por el odio, golpear en la escalera a un musulmán que no bajaba lo bastante rápido los escalones. ¡Ese "centro de selección" no era sólo un lugar de torturas para los argelinos, sino también una escuela de perversión para los jóvenes franceses!

Sin embargo, un "para" por lo menos no estaba de acuerdo. Era joven, con un acento del terruño. Abrió la puerta de mi celda, una noche hacia las siete, en momentos en que ya no había nadie en el pasillo. Tenía en la mano una bolsa con víveres: cerezas, chocolate, pan y cigarrillos. Me la ofreció diciéndome solamente:

—Tome ésto. Discúlpeme, pero no se puede hablar aquí.

Y me dió un fuerte apretón de mano, muy rápido, antes de volver a cerrar la puerta. Pero Ir... debió de dar órdenes pues no volví a ver a nadie como él.

The state of the s

Me volvieron a llevar a la enfermería en los días siguientes. La primera vez me latía muy fuerte el corazón. Temía nuevas inyecciones de penthotal, pero sólo era para curar mis heridas infectadas. Me aplicaron inyecciones de penicilina y en varias oportunidades me cambiaron mis vendas. Yo sabía que no podía sacar conclusión alguna de esos cuidados. De todos modos tenían interés en cuidarme. Yo no debía debilitarme demasiado. Si, por el contrario, decidían ejecutarme, necesitarían, aparte de los rastros "normales" de las balas, un cadáver "limpio" en caso de autopsia.

A medida que transcurrían los días crecía en mí la esperanza de que la opinión pública prevenida lograría arrebatarme de sus garras, pero al mismo tiempo me hallaba convencido de que preferirían afrontar el escándalo de mi muerte antes que el de las revelaciones que yo haría en vida.

Probablemente habían reparado en ello, pues uno de los "paras" me había dicho con ironía cuando todavía yo era incapaz de levantarme:

-Es una lástima. ¡Hubieras podido contar muchas cosas como para hacer un libro bien gordo!

Trataron nuevamente de interrogarme. Primero Cha..., De... y otro desconocido para mí. Me hicieron comparecer en la oficina que se hallaba en el mismo piso. Me senté frente a ellos y me hicieron por centésima vez la misma pregunta, pero esta vez con cortesía.

-¿Dónde pasó la noche antes de su detención?
-Ya respondí a esa pregunta cuando ustedes me torturaron —les dije—. Mi respuesta es que no les contestaré.

Sonrieron sin insistir. Luego, De... inquirió:

-¿Está a su nombre el contrato de alquiler de su departamento? Puede contestar esta pregunta, pues si no lo hace la portera nos lo dirá. Ya ve usted que no tiene importancia.

-Pregunten a la portera, si quieren. Yo no les ayudaré.

La entrevista no había durado más de dos o tres minutos. Cha... me acompañó hasta mi celda.

Unos días más tarde recibí la visita del teniente Ma..., el edecán del general M... Comenzó diciéndome sin ironía que estaba contento al ver que yo estaba mejor. Luego, con una elocuencia fácil y rápida, me dió un "digest" del pensamiento político de los oficiales de la pacificación, cuyo leit motiv era: "No nos marcharemos". ¿La miseria de los argelinos? No hay que exagerar tanto. El teniente conocía a un "indígena" que ganaba 80.000 francos por mes. ¿El "colonialismo"? Una palabra inventada por los derrotistas. Sí, hubo injusticias, pero ya habían terminado. ¿Las torturas? No se hace la guerra con monaguillos. La guerra habría terminado desde hace tiempo, pero los comunistas, los liberales y la prensa "sentimental" sublevaban la opinión en contra de los "paras" y les impedían "trabajar".

Yo tenía muy poco deseo de mantener una conversación de esa índole. Sólo le dije que era una suerte que Francia tuviera otros representantes y otros títulos de gloria. Luego me limité a contestar irónicamente a cada uno de esos lugares comunes colonialistas.

Finalmente llegó al objeto de su visita. Se me hacía una nueva propuesta. Ya no me pedían que contestara las preguntas formuladas sino sólo que escribiera mi opinión sobre la situación actual y el porvenir de Argelia. Después recobraría mi libertad. Por supuesto, me negué a ello.

-¿Por qué? -dijo èl-. ¿Tiene miedo acaso de que se utilice en contra de usted?

-Eso en primer lugar -contesté-. Por otra parte no tengo intención de colaborar con ustedes. Si les interesa mi opinión y la de mis amigos con respecto al problema argelino, consulten las colecciones de Alger Républicain. Las tienen todas, puesto que vuestro diario Le Bled ocupa nuestros locales.

No insistió, y pasando a otro tema me dijo a quemarropa:

—A propósito, ¿sabe usted que recibí la visita de su mujer y de un abogado? Me preguntaron si usted estaba con vida todavía. —Luego agregó—: Es una verdadera lástima. Tengo simpatía hacia usted y admiración por su resistencia. Voy a estrecharle la mano. Quizá no lo volveré a ver jámás.

Y después de terminar así su número de variedades, salió de la habitación.

8

La víspera de mi traslado al campo de Lodi, un mes después de mi detención, me llevaron a una oficina del piso inferior. Me esperaba un capitán de "paras", luciendo la boina verde de la Legión Extranjera. De cabellos muy cortos, rostro en forma de hoja de cuchillo atravesado por una larga cicatriz, labios apretados y malintencionados, ojos claros y salientes. Me senté frente a él y al mismo tiempo se levantó. Con un golpe en la cara me arrojó al suelo e hizo volar los anteojos que me habían sido devueltos.

-Te vas a quitar esa expresión insolente que tenés en la trompa -dijo.

Había entrado Lo..., permaneciendo de pie cerca de la ventana. La presencia de ese "especialista" me hizo pensar que se acercaba la tortura. Pero el capitán volvió a sentarse al mismo tiempo que yo me levantaba.

-¿Querés un cigarrillo? -me preguntó cambiando bruscamente de táctica.

-No, no fumo, y le ruego que me trate de usted.

No sólo se trataba de que yo me "apuntara un poroto", sino también de que quería saber adónde él quería llegar. ¿Torturas o conversación "amistosa"? Según que me volviera a abofetear o tuviera en cuenta mi observación, yo sabría a qué atenerme. Me contestó que no tenía la menor importancia y comenzó a tratarme de usted. Le pregunté si podía recuperar mis anteojos. Creyó que era para recordar mejor su cara.

-Usted puede mirarme. Soy el capitán Fau..., usted sabe, el famoso capitán S. S. ¿Oyó hablar

de mí?

Me hallaba en presencia de Fau..., el jefe de los torturadores de la residencia S..., particularmente famoso por su ferocidad.

Probablemente lamentaba haberse dejado llevar por el odio. Trató de hablar con calma, y a fin de borrar la primera impresión hizo traer dos botellas de cerveza. Bebí lentamente vigilándolo por el rabillo del ojo con el temor de que, con un nuevo golpe, llegara a romperme la botella entre los dientes.

-Ustedes tendrán un lindo expediente sobre mí, ¿verdad? ¿Qué harán conmigo si las cosas cambian...? Pero me gusta arriesgarme.

Luego, sin transición alguna, comenzó una disertación sobre los escritores y pintores comunistas o liberales y los intelectuales en general. Hablaba con mucha ignorancia y un odio tal que transformaba las expresiones de su rostro—muy móvil— en otras tantas muecas. Yo lo dejaba hablar, interrumpiéndole à veces con el único fin de ganar tiempo y reducir un tanto la duración de las torturas, por si habían de venir después.

El capitán Fau... me había formulado las preguntas habituales pero sin insistir. Luego volvió a la "gran política". Caminaba como un loco por la habitación, acercándose a veces a mí para gritarme una frase en la cara. Anhelaba que la guerra se extendiera a Túnez y Marruecos. Lamentaba que la expedición de Egipto no hubiese desembocado en una conflagración general:

-Me hubiera gustado que un submarino norteamericano hundiera un buque francés. Habríamos tenido guerra con los norteamericanos. Por lo menos ¡las cosas habrían sido más claras!

Yo le contradecía, pero como se hace con un enfermo al que no hay que excitar más. Tuvo varias veces deseos de golpearme pero se contuvo, y en determinado momento me gritó:

-¿No quiere decir nada? Yo hago hablar a la

gente poniéndole un cuchillo sobre la garganta durante la noche. Ya nos volveremos a ver.

Probablemente todos tenían la intención de "volver a verme" cuando decidieron enviarme al campo de Lodi, "reserva" de sospechosos a los que se recurre cada vez que lo juzgan necesario.

9

Antes del último interrogatorio dirigido por el capitán Fau... y mi traslado inesperado a Lodi, pude, durante un mes, observar el funcionamiento de la usina de torturas. Desde mi celda, veía por el hueco de la cerradura el pasillo, el descanso y unos escalones. A través del delgado tabique llegaban hasta mí los ruidos de las habitaciones contiguas.

Durante el día era un vaivén incesante, por la escalera y el pasillo, de "paras" solos o empujando brutalmente hacia adelante a "sospechosos" atontados. En cada piso —lo supe más tarde— los amontonaban de a quince o veinte en las habitaciones convertidas en prisiones. Los encarcelados dormían directamente sobre el piso de cemento o compartían un jergón de paja entre tres o cuatro. Se hallaban constantemente en la oscuridad, pues permanecían bajadas las persianas para que no pudiera verse nada desde las casas de enfrente.

Durante días y semanas —a veces más de dos meses— aguardaban allí un interrogatorio, su traslado al campo o a la prisión, o también su "tentativa de evasión", es decir, una ráfaga de ametralladora en la espalda.

Dos veces por día, hacia las 14 y las 24 horas (cuando no se olvidaban) nos traían bizcochos de tropa (cinco por la tarde y cinco por la noche), raras veces pan y unas cucharadas de sopa preparada con todos los desechos de las comidas de los señores. Un día encontré una colilla de cigarrillo, y otra vez una etiqueta y carozos de frutas escupidos.

Un musulmán era el encargado de dicha distribución. Ex tirador argelino, se había pasado al maquis y había caído prisionero durante un combate. A cambio de la vida, había aceptado servir a los "paras". Se llamaba Bula..., pero en forma irrisoria sus amos habían convertido su nombre en "Pour-la-France", y así lo llamaban. Le habían puesto una boina azul sobre la cabeza, armándolo con una cachiporra de goma que utilizaba a veces para ganar los favores de sus amos. Esa basura humana estaba expuesta al desprecio de todos, tanto por parte de los "paras" como de los prisioneros.

Era durante la noche cuando el "centro de selección" vivía su verdadera existencia. Yo oía los

preparativos de la expedición, con ruido de botas por el pasillo, ruido de armas y órdenes de Ir... Luego, por el tragaluz me llegaban otros ruidos. En el patio, ponían en marcha los motores de sus "jeeps" y camiones. Los oía alejarse. Todo quedaba silencioso durante una hora o dos, hasta el momento en que regresaban con sus vehículos cargados con "sospechosos" detenidos durante la operación. Los veía durante un breve instante cuando pasaban por mi campo visual: escalera, descanso y pasillo. Casi siempre jóvenes. Apenas si les habían dado tiempo para vestirse. Algunos estaban todavía en piyama y otros con los pies descalzos o en pantuflas. A veces había también mujeres. Las encarcelaban en el ala derecha del edificio

El "centro de selección" se llenaba entonces de gritos, insultos, carcajadas enormes y malintencionadas. Ir... comenzaba el interrogatorio de un musulmán. Le gritaba: "Di tu oración ante mí". Y yo adivinaba en la habitación contigua a un hombre humillado hasta el fondo del alma, obligado a prosternarse rezando ante el teniente torturador. Luego, de golpe, los primeros gritos de los torturados cortaban la noche. Había comenzado el verdadero "trabajo" de Ir..., Lo... y los demás.

Una noche, en el piso inferior, torturaron a un hombre. Era musulmán y de bastante edad, según me pareció por el sonido de su voz. Entre los gritos terribles que le arrancaba la tortura, repetía agotado: "¡Viva Francia! ¡Viva Francia!" Quizás creía calmar así a sus verdugos. Pero siguieron torturándolo y sus carcajadas retumbaban por toda la casa.

Cuando no salían de operación, Ir... y los suyos "trabajaban" con los sospechosos ya detenidos. Hacía la medianoche o la una de la madrugada, se abría ruidosamente una puerta de las habitaciones-calabozos. Un "para" vociferaba:

-Levantense, puercos!

Llamaba a uno, dos o tres nombres. Los prisioneros así nombrados sabían a qué atenerse. Siempre seguía un largo silencio y el "para" siempre debía repetir los nombres una segunda vez, lo cual lo ponía furioso:

-¡Qué idiotas! ¿No pueden contestar "presente", no?

Los que habían sido llamados se levantaban entonces y yo oía los golpes que les daban, mientras el "para" los empujaba hacia adelante.

Una noche, Ir... lanzó a todos sus hombres al asalto de todas las habitaciones. Con la cachiporra en mano, irrumpieron en los "dormitorios".

-¡Levantate!

Yo me levanté, pero Ir..., que pasaba por el pasillo, me vió y dijo:

-No, éste no.

Y él mismo volvió a cerrar con un portazo. Volví a recostarme sobre mi jergón de paja, mientras invadía los pisos una enorme batahola de ruidos de botas, golpes y quejidos angustiosos.

Por la mañana o la noche, cuando Bula... entreabría la puerta para pasarme mis "comidas" o cuando yo iba a los lavatorios, me cruzaba, a veces, en los pasillos, con prisioneros musulmanes que se reintegraban a la prisión colectiva o a sus celdas. Algunos me conocían por haberme visto en manifestaciones organizadas por el diario. Otros sólo sabían mi nombre. Yo seguía con el torso desnudo, todavía con las marcas de los golpes recibidos y el pecho y las manos cubiertas de vendas. Comprendían que al igual que ellos yo había sido torturado y me saludaban al pasar:

-¡Valor, hermano!

Y en sus ojos yo leía una solidaridad, una amistad y una confianza tan totales que me sentía orgulloso, justamente por ser europeo, de estar con ellos.

Así viví durante un mes, con el pensamiento siempre presente de la muerte muy cercana. Para esa noche, o para el día siguiente, al alba. Mi sueño seguía perturbado por pesadillas y sacudidas nerviosas que me despertaban sobresaltado.

No me sorprendí cuando una noche Cha... entró en mi celda. Sin duda eran alrededor de las

diez. Me hallaba de pie, cerca del tragaluz, y miraba hacia el bulevar Clemenceau, por el cual circulaban todavía unos cuantos automóviles. Sólo me dijo:

-Alístese, no vamos muy lejos.

Me puse mi saço sucio y arrugado. En el pasillo, oí que decía:

-Preparen también a Audin y Hadjadj, pero los llevaremos por separado.

Diez veces había hecho yo el balance de esta vida que creía terminada. Una vez más, pensé en Gilberte, en todos mis seres queridos y en su dolor atroz. Pero me exaltaba el combate que había librado sin fallar, así como la idea de que moriría como siempre había deseado morir: fiel a mi ideal y a mis compañeros de lucha.

En el patio, arrancó un automóvil y se alejó. Un momento después, del lado de la residencia de los Olivares, hubo una larga ráfaga de ametralladora. Pensé: "Audin"

Aguardé cerca de la ventana para respirar lo más posible el aire de la noche y ver las luces de la ciudad. Pero transcurrieron los minutos y las horas sin que Cha... volviera a buscarme.

### 10

He terminado mi relato. Jamás he escrito con tanta dificultad. Quizá todo ello sigue estando demasiado fresco en mi memoria. Quizá también sea la idea de que, ya pasada para mí, esa pesadilla la viven otros en el momento mismo en que escribo y que otros la seguirán viviendo mientras no haya terminado esta odiosa guerra. Pero yo tenía que decir todo cuanto sé. Se lo debo a Audin, "desaparecido", a todos los que son humillados y torturados y que siguen luchando con valor. Se lo debo a todos cuantos mueren cada día por la libertad de su país.

He escrito estas líneas, cuatro meses después de mi paso por las manos de los "paras", en la celda 72 de la prisión civil de Argel.

Hace apenas unos días, la sangre de tres jóvenes argelinos se reunió, en el patio de la cárcel, con la del argelino Fernand Yveton. En el inmen-

so grito de dolor que surgió de todas las celdas en momentos en que el verdugo vino a buscar a los condenados, como en el silencio absoluto y solemne que le sucedió, era el alma de Argelia que vibraba. Llovía y unas gotas quedaron prendidas, brillantes en la oscuridad, de los barrotes de mi celda.

Todas las mirillas habían sido cerradas por los guardianes, pero oímos, antes que lo amordazaran, a uno de los condenados que gritaba:

"¡Tahia El Djezair! ¡Viva Argelia!" Y con una sola voz, en el momento mismo, sin duda, en que el primero de los tres subía al patíbulo, surgió de la prisión de las mujeres la canción de los cómbatientes argelinos:

"De nuestras montañas

La voz de los hombres libres se eleva:

Proclama la independencia

De la patria.

Te doy todo cuanto amo,

Te doy mi vida,

Oh, mi país... Oh, mi país."

Todo esto, tenía que decirlo para los franceses que quieran leerme. Deben saber que los argelinos no confunden a los torturadores con el gran pueblo de Francia, a cuyo lado han aprendido tanto y cuya amistad les es tan cara.

Empero, es necesario que sepan qué es lo que aquí se hace EN SU NOMBRE.

Noviembre de 1957.

Impreso en Talleres Gráficos GRAN SRL Paraguay 846 - Agosto de 1974 Buenos Aires - ARGENTINA